

Nancy Brysson Morrison

TORMENTA DE PRIMAVERA

TRADUCCIÓN DE ÁNGELES DE LOS SANTOS

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRÓLOGO

Recuerdo los árboles del jardín de nuestra casa. La casa parroquial estaba construida en un lugar muy resguardado, para llegar a ella desde la carretera había que cruzar un bosque, donde quedaba protegida de los vendavales del lago por altos árboles a los que el viento había arrancado la corteza por un costado. En el jardín, la gran arboleda dejaba poco sitio para nada más. Los matalobos amarillos eran muy resistentes, y en otoño, entre las esqueléticas hojas grises, encontrábamos flores de azafrán veteadas. Todo crecía con cierto desorden en aquel abrigado y silencioso lugar. Los árboles dedicaban toda la energía a alcanzar su elevada estatura y parecían estirarse hacia arriba en un intento de ver por encima de la cabeza despeinada de su vecino.

La mayor parte del mobiliario era demasiado grande para las irregulares habitaciones. Los muebles procedían de la casa de mamá y, aunque algunos estaban en buenas condiciones, todos habían conocido días mejores, de modo que la casa irradiaba un ajado esplendor. El voluminoso reloj del abuelo era un estorbo en el pequeño recibidor y en una tarde tranquila su tictac podía oírse en todas las habitaciones de la casa. Una vez, tras morir la abuela, se paró, y después de que papá lo arreglara siempre daba las horas a menos veinte. Nos acostumbramos a eso y llegó a parecernos que los relojes de los demás estaban estropeados.

Nannie también procedía de la casa de mamá, donde la había criado a ella y a sus ocho hermanos en los días en que el siglo XIX era tan joven como ellos. Nannie había mostrado una marcada predilección por los chicos, a quienes les daba los mendrugos de pan blanco, mientras que a las niñas les daba de comer pan moreno. Pese a todo, ella era una Graham y no consentía que ningún hombre se saliera con la suya. Cuando alguno de los hermanos tenía una paleta o estaba de mal humor, le decía que le daría unos azotes, ah, sí, aunque fuera el mismísimo duque de Buccleuch.

Los había consolado en la tristeza y los había cuidado en la enfermedad, les había frotado con mantequilla los moratones, se había ocupado de que los inquietos muchachos no se levantaran demasiado temprano, y a George y Frederick, al tío Oscar, que murió hace mucho, y a Octavius, su favorito, cuando eran lo bastante pequeños como para sentarse en su regazo, les había cantado:

He aquí un ilustre granujilla
sentado sobre mis rodillas,
cerrando la mano, sacudiendo el pie,
gritando con alegría.

¿Estás listo para ir de caza?
¿Y listo para correr?
¿Listo para el puñal, el escudo y la daga?
¿Para el honor o para el desdén?

Ay, mi ilustre golfillo,
quédate aquí conmigo:
tiempo tienes para seguir en tu afán
y hacer tu propia voluntad.

Papá, cuya parroquia era pequeña y cuyos feligreses eran pobres, no podía permitirse una niñera, así que Nannie tenía que ser doncella, cocinera y niñera al mismo tiempo. No podía mostrar favoritismo entre nosotras porque todas éramos niñas, lo cual creo que fue una gran decepción para ella. Yo no sabría decir a cuál quería más. Creo que estaba más orgullosa de Julia, y que a Emily la quería porque era la que necesitaba más cuidados, y a mí porque era la más pequeña.

Nannie era muy sabia y estricta; el pan y la mantequilla, incluso en los cumpleaños, siempre tenían que ser lo primero, y a la hora del té teníamos que dejar un poco en la mesa como signo de buenos modales. Hablaba con una voz suave y una entonación montañesa cantarina. Cuando quería decir que hacía una noche de tormenta utilizaba la palabra *aciaga*; cuando quería decir que alguien era muy parlanchín, decía *lenguaraz*. Cuando una manzana no estaba buena, decía que estaba *pocha*, y yo no era la más pequeña, sino *los restos de la cazuela*.

A sus ojos nunca crecimos. Cuando Julia volvía a casa, creo que, al verla, Nannie la confundía con el recuerdo de la niña que jugaba sola y pensativa delante de la chimenea; y cuando Emmy fue ya bastante mayor, Nannie siguió tratándola como si fuera una niña caprichosa.

Cuando decía sí, era sí, y cuando decía no, era no. A veces, si no me daba lo que quería, me echaba a llorar y le decía que a lo mejor me moriría pronto, y entonces ella se arrepentía. Únicamente los muy buenos y los muy viejos se mueren, me decía Nannie, sin inmutarse.

LIBRO PRIMERO

Una pálida luz verde se derramaba desde el cielo invernal, como si la tierra estuviese iluminada por unos fortuitos rayos provenientes de otro mundo. Silenciosas, las grises ovejas comían nabos en los campos parduzcos. La nieve se había derretido en las tierras bajas, dejando tristes manchas oscuras, y sólo quedaban vetas en las laderas, que parecían esqueletos de enormes animales prehistóricos. La silueta ondulada de las montañas se recortaba en el horizonte, y el detalle de sus arroyos, peñascos y quebradas se perdía en la inmensidad de su masa umbría. Era como si, en aquellos apacibles minutos que transcurrían entre el amanecer y la plena luz del día, el mundo recuperase los contornos y las materias que lo componían antes de que el hombre pisara su tierra y aspirara su aire.

Aún no era la hora del desayuno cuando entré en la casa. Me senté en el alféizar interior de la ventana del salón dispuesta a esperar, mirando hacia el musgoso muro del jardín y releendo en silencio «La tumba inquieta» de mi *Libro de baladas*. La casa que había dejado tan silenciosa cuando salí a dar un paseo a solas ya estaba despertando. Oí a Julia hablar en voz alta en la habitación de arriba, diciéndole a Emmy que tenía que levantarse, y los estruendos pasos de Nannie por la cocina para retirar del fogón la tetera hirviendo.

Mamá fue la primera que se reunió conmigo en el salón. Era una mujer corpulenta y caminaba despacio. A diferencia de papá, era ingenua en su fe; la esperanza encendía su exuberante corazón y el entusiasmo caldeaba su vida, y esto la mantenía siempre joven. Su fe en la oración era ilimitada y nunca le había fallado; su confianza había llegado a tal extremo que no concebía que pudiera ocurrir ni siquiera el hecho más probable, a menos que ella lo hubiera deseado.

Seguía siendo una mujer atractiva, aunque ya no prestaba ninguna atención a su aspecto. Al echar la vista atrás, me doy cuenta, cuando pienso en su despreocupada educación y su alegre juventud, de lo monótonos que debieron de antojársele los días en la casa de Barnfingal, aunque ella los aceptaba sin preguntas ni quejas y siempre se consideró feliz. Pero cuando cosía junto a la chimenea del salón o cuando estaba sentada a la mesa tapando los tarros de mermelada de Nannie (ahora se sentaba para hacer la mayoría de las cosas), los recuerdos debían de revolotear en su mente como inquietas polillas atraídas por la llama de una vela, hasta hacerle sentir que la vida ya no le ofrecía más que aniversarios.

—Menos mal que ha amainado el viento —comentó, levantando el cubretetera para ver si Nannie había llevado el té—, no me gusta oírlo, es como alguien que no para de discutir contigo.

Nannie entró con el desayuno, estirando sus largos brazos por encima de la mesa. Hablaba más alto de lo necesario a consecuencia del viento constante. En la puerta se hizo a un lado, con su delantal rígido y su bata descolorida de tantos lavados, para dejar pasar a papá.

En el discurso de papá no había divagaciones como en el de mamá. Él decía lo que tuviera que decir de la manera más breve posible, después se encerraba en sí mismo y

se abismaba en sus pensamientos. Su obsesión era tal que sólo reconocía a las personas si las veía en sus lugares habituales. Pasaba la mayor parte del día a solas en su estudio, con sus papeles, diccionarios y la *Concordancia* de Cruden, escribiendo o recopilando temas para su sermón del domingo.

Julia se reunió con nosotros, pero Emmy se retrasaba, y yo aguardé con temor mientras la oía correr de un lado a otro en la habitación de arriba y abrir y cerrar cajones con gran estrépito. Llegó cuando estábamos a mitad del desayuno, y la vi mirar a papá de soslayo, intentando calcular el efecto que su tardanza iba a producir en él.

–Si esto vuelve a ocurrir –dijo, mirándola fijamente–, te quedarás sin desayuno.

–No me importaría perderme el desayuno si pudiera quedarme más tiempo en la cama –murmuró Emmy, con un disimulado desafío que yo temía pudiese estallar en una abierta insurrección en cualquier momento.

–No debes quedarte sin desayunar –dijo mamá, entrando en la discusión con dificultad–, estás en una edad en la que necesitas todo el alimento posible.

–No volverás a llegar tarde –declaró papá con frialdad–, por lo tanto, no habrá necesidad de que te quedes sin desayuno.

Si bien en cualquier otro momento sólo el tono de su voz habría sido suficiente para acallar a Emmy, aquella mañana estaba dispuesta a presentarle batalla a cualquiera, incluso a papá. Se tocó el cuello del vestido, volvió la cara hacia él y abrió la boca para decir algo.

–Es un texto precioso, papá –dijo Julia con suavidad, refiriéndose a la conversación que la llegada de Emmy había interrumpido–, uno de los más bellos... Creo que incluso yo podría escribir un sermón sobre él.